

PRESENTACIÓN

Los estudios de demografía histórica sobre poblaciones coloniales novohispanas se iniciaron al mediar este siglo. La agitada historia del siglo XVI justifica el reiterado interés por conocer el impacto de la conquista sobre la población nativa y los factores responsables de la despoblación durante las primeras décadas de la vida colonial.

La enconada polémica en torno al costo humano de la conquista fue abierta nuevamente por Ángel Rosenblat, y luego por Cook, Leslie B. Simpson y Woodrow Borah cuyos trabajos dominaron el panorama de los estudios de demografía histórica hasta años recientes. La discusión aún persiste. La pregunta central en los trabajos de Cook, Simpson y Borah —cuántos habitantes había antes de la llegada de los españoles y cuántos quedaban un siglo después— no tiene una respuesta fácil porque la información existente —las matrículas de tributos— es muy deficiente. El empleo de una metodología sofisticada basada en modelos de simulación y el inevitable recurso a múltiples supuestos, abren nuevos caminos.

Otro punto de partida que parece más prometedor es el estudio de las secuelas de los distintos factores que alteraron el equilibrio de las poblaciones nativas. Las preguntas centrales intentan explicar la forma cómo el dominio español desarticuló las relaciones entre la población y los recursos, y las huellas que dejó la introducción de los agentes patóge-

nos de Europa y África. El primero de los artículos versa sobre estos temas. Al analizar las variaciones regionales en la sobrevivencia de los indígenas, la autora L. Newson encuentra que las epidemias no son responsables de la mayor despoblación de las tierras bajas y costeras. Uno de los elementos que explican estas diferencias es el tamaño y la distribución de las poblaciones: las sociedades pequeñas demostraron ser cultural y biológicamente más frágiles.

Estudios regionales que examinarían los efectos de los sistemas de trabajo en los procesos demográficos, en especial en la nupcialidad y en la mortalidad, los cambios en la alimentación, las formas y tiempos de difusión de las epidemias, los efectos disruptivos de los distintos tipos de asentamientos españoles, los procesos de mestizaje, entre otros temas, darían respuestas al complejo problema del impacto de la conquista sobre las poblaciones americanas.

El artículo sobre los pueblos serranos de Sonora durante el siglo XVIII se ocupa de las transformaciones de las comunidades campesinas en su empeño por sobrevivir a las presiones de los conquistadores. Las migraciones, tradicionales en estos pueblos seminómadas asentados en regiones semiáridas, se modificaron e intensificaron y son un factor clave en este proceso de adaptación.

El avance de los estudios de demografía histórica incluye, además del diseño y aplicación de técnicas nuevas y cada vez más complejas, los intentos por integrar las experiencias de las poblaciones coloniales y decimonónicas latinoamericanas en un régimen socio-demográfico. De acuerdo con una tradición iniciada en México hacia los años sesenta por autores como E. Florescano, dos de los trabajos contenidos en estos volúmenes, el de T. Calvo y el de D. Reher, exploran las interacciones entre los procesos poblacionales y los económicos. Calvo busca la coyuntura común entre población, producción minera y renta de la tierra, en la ciudad de Guadalajara y su área de influencia, durante el siglo XVII. La dirección de los movimientos migratorios y el mestizaje son indicadores de las relaciones entre la ciudad y el campo; estos procesos reflejan la influencia ejercida por la expansión de la agricultura y de la ganadería, la relativa independencia

de la población de Guadalajara con relación a la producción minera y la complementariedad entre las zonas que conforman esta región.

En el artículo de Reher se analizan las relaciones entre los niveles de vida, la dinámica demográfica y la producción agropecuaria del Bajío durante el siglo XVIII. El autor demuestra la existencia del “control positivo” (los aumentos de la mortalidad durante la segunda mitad de este aciago siglo) y del “control preventivo” (descenso de la nupcialidad y, en consecuencia, también de la fecundidad), mecanismos planteados por Malthus, y nos ofrece una visión global de la evolución del Bajío: el rápido crecimiento de la población durante la primera mitad del siglo supera los limitados recursos económicos. Los rendimientos decrecientes desencadenan mecanismos demográficos de adaptación (los controles positivos y preventivos) y la población reduce su tasa de crecimiento. Sin duda, este trabajo puede suscitar polémicas y ésa parece una de las intenciones del autor. Este resultado sería bienvenido.

El matrimonio y las reglas de funcionamiento de la formación de las parejas es el tema tratado por dos de los trabajos, el de C. Rabell y el de M. Gutmann, K. Hopkins y K. Fliess. El tema es relevante porque la familia es la instancia clave para observar la interacción de los procesos demográficos y los socioculturales. Además, en las poblaciones coloniales de América Latina, los patrones de nupcialidad tienen características *sui generis* derivadas del mestizaje y de la elevada frecuencia de los nacimientos de niños que no provienen de uniones santificadas. Rabell se pregunta si la raza, o condición étnica, se mantiene a lo largo del siglo XVIII como uno de los criterios de mayor peso en la elección del cónyuge. En todos los grupos raciales la endogamia perdió fuerza durante la primera mitad del siglo XVIII, antes de que tuvieran lugar los cambios derivados de las reformas borbónicas, pero los patrones de interrelación entre las “calidades” se mantuvieron y la adscripción racial siguió siendo un criterio de peso en las estrategias matrimoniales.

El artículo de Gutmann, Hopkins y Fliess se refiere a los patrones matrimoniales de una población de frontera: la del estado de Texas durante la segunda mitad del siglo XIX. El

desequilibrio en el índice de masculinidad, el acceso a la tierra, los efectos de la guerra y los patrones culturales propios de cada uno de los grupos observados, migrantes europeos, migrantes mexicanos y norteamericanos blancos y de color, son los factores que explican la evolución de los patrones de nupcialidad.

El siglo XIX es, para los demógrafos, un espacio casi desconocido. Las fronteras entre la demografía colonial y la contemporánea eluden el complejo y apasionante problema de la gestación de un régimen demográfico que, durante la primera mitad del siglo XX, se caracterizaría por su temprana nupcialidad, su elevada fecundidad y su decreciente mortalidad. S. Pérez Toledo y H. Klein analizan la población de la ciudad de Zacatecas, con base en un padrón de 1857. Encuentran características que se prolongan desde el siglo XVIII hasta nuestros días: el predominio de la población femenina, debido a una mayor inmigración de mujeres rurales que llegaban a Zacatecas a emplearse en los servicios y en ocupaciones de escasa calificación; la alta proporción de mujeres solteras y de mujeres sin pareja. El estudio de las ocupaciones lleva a los autores a concluir que la fuerza de trabajo no calificada estaba integrada, en una parte importante, por migrantes mientras que los trabajadores especializados y las clases propietarias estaban constituidas por nativos; ello revela una sociedad provincial relativamente cerrada.

El artículo que cierra los volúmenes está dedicado al análisis de la transición demográfica de la población mexicana. M. E. Cosío-Zavala sitúa el inicio de la transición a finales del siglo XIX, a raíz del descenso de la mortalidad que se prolonga hasta nuestros días. Una característica singular que México comparte con otros países del área, es la coexistencia de los dos modelos de transición demográfica: la transición “impuesta” en la que se mantienen los patrones tradicionales de formación de las familias, los roles femeninos, el bajo nivel de educación y la poca participación de la mujer en el trabajo y el modelo de transición de los países desarrollados que implica desarrollo económico y una modificación profunda de las mentalidades.

Historia Mexicana, al dedicar dos números a la discusión de temas relacionados con la población mexicana desde la colonia hasta la primera mitad del siglo XX, quiere contribuir a la difusión de un aspecto fundamental para la comprensión de los procesos históricos.

Por último, deseo agradecer la gentil invitación que me hizo Clara E. Lida, entonces directora de la Revista, para coordinar los dos números.

Cecilia RABELL ROMERO

